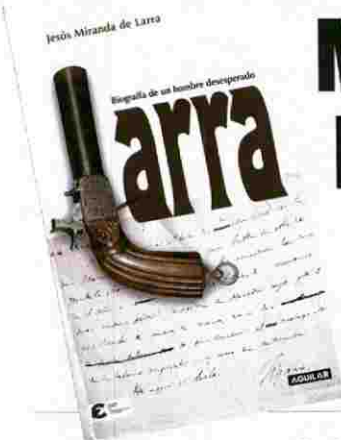




DE LA CULTURA Y LA CIENCIA / LITERATURA



MARIANO JOSÉ DE LARRA: UN ESPAÑOL DESESPERADO

Por Mauro Armiño

Van a cumplirse 200 años del nacimiento de Mariano José de Larra, el único periodista español que ha conseguido superar lo efímero del periodismo y llegar a la literatura; y, lo que es más, el único periodista capaz de convertir su brevísima existencia en un ejercicio de lucidez sobre los males y desventuras políticas de este país. Lo pagó con la vida: el 13 de febrero de 1837, mes y medio antes de cumplir los 28 años se pegaba un tiro hartos de una situación para la que no encontró salida: su amante Dolores Armijo había decidido seguir a su marido a Filipinas y romper sus relaciones con él; era la gota que venía a colmar un vaso que el propio Larra había llenado hasta los bordes: el año anterior había conseguido un acta de diputado por Ávila con el moderado Istúriz; se había metido en esa cueva que no era la suya pensando que desde la tribuna parlamentaria podría dar la lección política que daban sus artículos; pocos días después de haberse traicionado, la revuelta de los sargentos de la Granja anulaba todas las elecciones y Larra se quedaba compuesto, en ridículo y sin novia. Todo estaba descuadrado; nada más salir Dolores Armijo y su madre del recibidor de su casa, Larra recurrió a su caja amarilla: la de las pistolas; sólo necesitó un espejo para apuntar bien.

Así se suicidaba un periodista que había azotado la estupidez de la sociedad a partir de dos ideas: la igualdad y la libertad. Qui-so ser, desde el principio, “fiel cronista de usos y costumbres” burlándose del inmobilismo español, de un entramado de siglos

que, ni a derecha ni a izquierda, tenía figuras con ideas y valor suficientes para cambiar las cosas, y menos todavía legisladores que quisieran “hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres”.

El afrancesado. Estamos en las primeras décadas del siglo XIX: Larra es hijo del médico del rey José Bonaparte, puesto en el trono español por su hermano Napoleón; cuando las tropas francesas derrotadas se vayan, la familia Larra se irá con ese ejército: Mariano José tiene cuatro años, apenas domina el español; durante los cinco siguientes vivirá en Francia, haciendo del francés su lengua “materna”. Sólo un “extranjero” educado en otro espacio podía aportar ideas venidas de otro espacio y otras lecturas posteriores a un país donde no se oía más eco, ni se sigue oyendo, que el del campanario del pueblo.

Cuando la familia regresa a Madrid tras el exilio, Larra tiene nueve años: la Constitución de Cádiz de 1812 es ya papel mojado, aunque el indigno Fernando VII se viese obligado a jurarla en 1820 obligado por el pronunciamiento de Riego; durante la década siguiente, un ir y venir de pronunciamientos, sustituciones en el poder, persecuciones de los constitucionalistas por parte otra vez de tropas francesas, pero ahora llamadas por el Borbón en aquel invento de los Cien Mil hijos de San Luis que reprimió a los liberales y acabó con Riego ejecutado en la plaza madrileña de la Cebada (1823). Mientras, el adolescente Larra cursa leyes, que abandona, y se inicia en el periodismo publicando por cuenta propia el folleto *El Duen-de Satírico del día*, de vida breve: cinco números de marzo a diciembre de 1828.

Mientras Larra hace esos pinitos periodísticos, se casa y adapta comedias francesas para vivir, Fernando VII sigue a lo suyo, a reforzar su absolutismo sin importarle demasiado la pila de cadáveres sobre la que asienta el final de su reinado: en 1830 el monarca ordena el cierre de las Universidades, que no volverán a abrirse hasta 1833; para compensar, se funda la Escuela de Tauromaquia. 1831 será, no un año, sino un baño de sangre de liberales: ejecución de Mariana Pineda y del librero Miyar; fusilamiento de Torrijos y sus 52 compañeros. Por suerte, en 1832, cuando Larra vuelve al periodismo satírico con *El Pobrecito hablador* y empieza a firmar como “Fígaro”, el Borbón enferma, y España ve con alivio el vacío de poder que puede crearse; pero tres años antes, el monarca, sin herederos, se había casado en cuartas nupcias con María Cristina de Nápoles, que le había dado una niña; para no perder la transmisión directa Fernando VII derogó la Ley Sállica, con las secuelas de todos conocidas: el pretendiente Don Carlos no reconocerá a una Isabel II niña y provocará una guerra civil donde a los carlistas—la facción más reaccionaria de la sociedad española—sólo se enfrentarán los liberales, y no con demasiado ímpetu, como dirá Larra: en ese momento decrece la represión y una amnistía parcial permite el regreso de los emigrados; las esperanzas de un mínimo progreso estaban puestas en esa heredera del autoritarismo y, eterna paradoja española, es la izquierda de la época la que tiene que defender la corona y a la hija del que había fusilado y ejecutado a todo liberal que había sacado los pies del plato—coser una bandera constitucionalista, por ejemplo, en el caso de María Pineda.

El pobrecito escritor. Antes de que Fernando VII muera en septiembre de 1833, ya ha desaparecido *El Pobrecito hablador*: Larra escribe poemas—malos—, sigue adaptando comedias francesas, y colabora por breve espacio de tiempo en *La Revista Española* para terminar preguntándose: “¿Qué hago yo en Madrid... en este Madrid tan limitado como todas nuestras cosas [...] todo es chico en Madrid; no quepo en el teatro, no quepo en el café, no quepo en los empleos; todo está lleno; todo está obstruido, refugiado, escondido, empujado en un rincón



Mariano José de Larra, periodista español que se dedicó a denunciar los males endémicos de la sociedad española del s. XIX.

de *La Revista Española... J'étouffe*. Fuera, pues de Madrid". Y entre abril y diciembre de 1835 viaja a Londres y París, donde intenta establecerse sin éxito, mientras España sigue con sus motines populares, pronunciamientos y quemas de conventos o de fábricas; al frente del Gobierno pasan, uno tras otro, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, Mendizábal. Cuando Larra vuelve, lo hace para ver traicionada la revolución que Mendizábal había prometido; decepcionado, prosigue desde las páginas de *El Español* con su antigua maña: criticar males endémicos, al margen de liberales y conservadores. Su pluma se burla de todo y ataca a todos: en España todo es humo, como

demuestran Mendizábal y su sustituto al frente del Gobierno, el moderado Istúriz, que se retan a duelo durante una acalorada discusión en el Estamento.

El duelo estaba prohibido por ley. El mismo día, 15 de abril, el *Diario de Madrid* anunciaba la ejecución de un baratero por haber matado a otro en duelo y en la cárcel. Cuatro días más tarde, Larra escribe *Los barateros o el desafío y la pena de muerte*, en el que, hablando del baratero, se burla sin citarlos de los dos presidentes del gobierno para terminar airado ante la injusticia: "Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuanto tú y tus semejantes la conquistéis [...] ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la

fuerza: ahorca a los plebeyos que se batan en duelo, colma de honores a los señores que se batan en duelo y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!".

Persecución 'post mortem'. Más de 100 años después de su muerte, este país siguió persiguiéndolo; los prólogos de Lomba y Pedraja a tres volúmenes de artículos aparecidos antes de la guerra en la colección "Clásicos Castellanos" desaparecieron a partir de 1940; cuando en los años setenta preparaba yo mi libro *Qué ha dicho verdaderamente Larra*, me interesé por las afecciones gástricas y biliosas que el prólogo al tomo de artículos (editorial Aguilar) adjudicaba a su autor; Arturo del Hoyo, responsable de la editorial, me lo explicó: la censura había exigido, para permitir la publicación, que Larra fuera desguazado, y que el prólogo razonara la acritud de su escritura y sus ataques a la vida española por una enfermedad: Larra sufriría del estómago, y de ese sufrimiento nacía todo.

Para la celebración del bicentenario aparece un libro: *Larra. Biografía de un hombre desesperado*, escrito por un descendiente, Jesús Miranda de Larra (Aguilar y Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales). Su interés es muy relativo, aunque aporta algunos documentos nuevos porque su autor ha tenido accesos a pistas familiares para encontrar sus aportaciones; pero Miranda de Larra, ingeniero agrónomo de profesión, no ha conseguido ordenar la biografía de forma científica; impregnado de sentimentalismo familiar y desordenado en la presentación documental, el libro no supone un gran avance en el conocimiento de hechos que nos son desconocidos de la vida larriana, ni está bien empastado en el horrible y terrible telón de fondo de la política española de los últimos años de su vida. Tampoco tenemos, por otra parte, una edición crítica y anotada —lo exigen los textos— de estos artículos que suponen el mejor fruto de la historia del periodismo español. Artículos que, levemente retocados, siguen diagnosticando los males de la España de hoy con la fiereza del desesperado. Por eso nunca he creído que Larra pudiera escribir en nuestros periódicos de hoy y ser leído como lo fue —aunque no sirviese de nada— en su época. ●